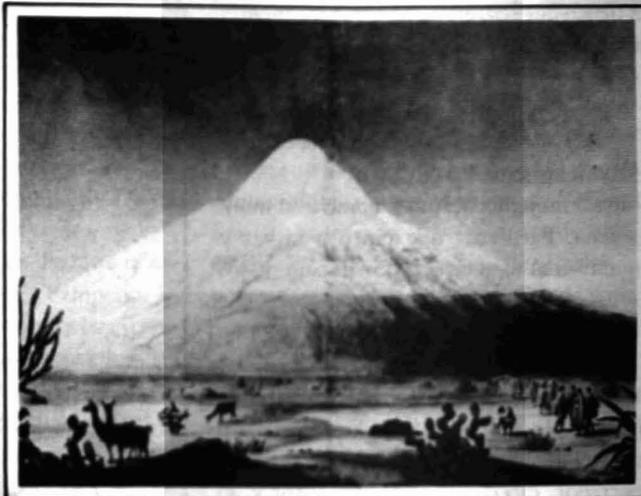


K.F. Schinkel según bosquejo



J.T. Thibaut según un bosquejo

Aproximaciones a la estética de HUMBOLDT*

Por Jaime Labastida

Ignoro si cuanto habré de exponer constituya, en rigor, una estética. Más aún, si pueda hablarse de un sistema de estética y si tal sistema pueda ser considerado original. Lo que sí sé es que en la obra de Alejandro de Humboldt, tan rica y variada, tan multiforme y compleja, encontramos, a no dudarlo, elementos dispersos de una teoría del arte y, por sobre todo, y esta expresión es responsabilidad directa del barón alemán: "una manera estética de tratar las ciencias naturales".¹

Humboldt es, pues, antes que otra cosa, permítaseme tamaña obviedad, un hombre de ciencia, un científico en el que se reunían, a un mismo tiempo, las preocupaciones por la sociedad y la naturaleza. Era un hombre que atendía por igual asuntos que corresponden a las ciencias naturales y a las sociales. Así, pues, encontramos en su obra tanto ensayos sobre geología, botánica, geografía o biología, como sobre economía, política, historia, arqueología, antropología o ciencia militar. Creo, además, que su obra constituye, por el método que la informa y por la teoría científica que en ella se expresa, el punto de unión entre la concepción mecánica y la concepción dialéctica de la materia. Ya he dicho en otro lugar que, junto con las tesis de Diderot, las de Humboldt han de ser consideradas como las correspondientes a un materialista orgánico.

Ahora bien, al lado de este aspecto fundamental, estoy cierto de que en la obra de Humboldt existen rasgos que, debidamente articulados, tal vez integren una estética, asunto

* Conferencia dictada en la Sociedad Mexicana de Amistad con la República Democrática Alemana el 24 de Julio de 1986.

¹ Alexandre de Humboldt, *Tableaux de la nature*, trad. de Ferd. Hoefler, Librairie de Firmin Didot Frères, París, 1850, Tomo I. p. 2.

del que, hasta hoy, al menos en América Latina, nadie se ha ocupado. No me refiero sólo a los aspectos más ostensibles en este sentido, es decir, a todo aquello que guarda estrecha relación con su apreciación de las obras de arte; sus preferencias artísticas, pues, en un sentido estricto. Así, por ejemplo, sus declaraciones expresas en favor de un arte claro, racional, abierto, clásico; o su admiración y entusiasmo por las obras de la antigüedad grecolatina, lo mismo que por las manifestaciones de sus grandiosos contemporáneos Goethe o Shiller. Tampoco me refiero solamente a su trato continuo con artistas (plásticos, fundamentalmente) y a la vinculación profesional que mantuvo con ellos: para publicar multitud de sus ensayos, Humboldt hubo de recurrir a los trabajos de los mejores artistas plásticos de Europa, en especial, a dibujantes y grabadores que hicieron para él planchas en metal de animales y plantas, códices y cordilleras.

Este aspecto, con ser decisivo, no es, para mí, desde el ángulo que ahora deseo examinar la obra humboldtiana, lo más importante. Es cierto que, en su conjunto, la obra americana de Humboldt es también una obra plástica, quiero decir, una obra que asocia, de modo necesario, la expresión gráfica, plástica, a la expresión por medio de la palabra escrita. Dicho de otra manera: en los 30 volúmenes que integran el *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, la plástica y la palabra se son mutuamente necesarias, no son la una sin la otra, se apoyan y se explican.

Lo que me interesa destacar aquí, pues, además de lo anterior, es la teoría estética propiamente dicha, esa relación estrecha entre arte y ciencia tan particular, y que caracteriza, por ello mismo, de un modo tan singular la obra humboldtiana.

Volvamos, por lo tanto, a esa expresión que transcribí un poco antes. ¿Qué significa esa "manera estética de tratar las ciencias naturales"?

Significa que en Humboldt se dan, indisolublemente ligados, el hombre de ciencia y el artista, el espíritu de indagación más riguroso con la sensibilidad y la pasión de un esteta. Ante cada fenómeno natural que Humboldt examina y estudia se produce, de modo necesario, la expresión de los sentimientos que el paisaje despierta en él. Acudo a su testimonio: "La impresión que en nosotros deja el espectáculo de la naturaleza es provocada en menor medida por la fisonomía particular del paisaje, que por la luz bajo la cual se destacan los montes y los campos, ya iluminados por el azul del cielo, ya oscurecidos por una nube flotante. De igual modo, la pintura de las escenas naturales nos impresiona con mayor o menor intensidad, siempre que esté o no en armonía con las necesidades de nuestros sentimientos. Pues el mundo físico exterior se refleja, como en un espejo, sobre el mundo moral interior. El perfil de las montañas que se dibujan en el horizonte, como en una lejanía nebulosa, el tinte sombrío de los bosques de abetos, el torrente que se precipita tumultuosamente al través de abruptos peñascos, en fin, todo cuanto forma el carácter de un paisaje, se anuda, por un antiguo lazo misterioso, a la vida sentimental del hombre. Este lazo es el que proporciona los más nobles goces de la naturaleza".²

Este texto ejemplar pertenece a una obra juvenil, *Ansichten der Natur, Tableaux de la nature, Cuadros de la naturaleza* o, mejor: *Pinturas de la naturaleza*. En el Prefacio a la segunda edición, escrito casi cincuenta años después de que se hubiera publicado la primera, Humboldt aclara que "el doble propósito de ese libro" consistía en "aumentar nuestros goces por la contemplación de la naturaleza y captar del modo más vivo la armonía de las fuerzas físicas". Para ello, era imprescindible, a su juicio, "exponer estéticamente las grandes escenas de la naturaleza", o sea, "revestir a la ciencia de una forma literaria, ocupar la imaginación al mismo tiempo que enriquecer los dominios de la inteligencia".³

De esa manera, las grandes escenas de la naturaleza, de las cuales ese libro se ocupa, son de lo más variado, casi podría decir, de lo más extremo: "estepas y desiertos", "cataratas", "selvas primitivas", "la estructura y la acción de los volcanes"...

En cualquiera de esos "cuadros" o "pinturas" de la naturaleza, Humboldt intentaba unir, en un solo tejido, tanto la descripción científica más fiel cuanto los sentimientos, insisto, que en él despertaba la contemplación, la fruición podría decirse, de esa variedad de paisajes. Uno de los textos termina así: "A lo lejos todos los objetos se hallaban dotados de un movimiento ondulatorio, efecto de un espejismo. Ni un soplo agitaba el polvo arenoso del suelo. El sol se encontraba en el cenit, y sus rayos, que se reflejaban centelleantes en la superficie ligeramente encrespada del río, hacían que resaltara mejor aún el rojo nebuloso que bordeaba el horizonte. Los bloques de piedra y los peñascos desnudos estaban cubiertos de una multitud de grandes iguanas, de gruesas escamas, lagartos geocónicos, y salamandras manchadas: inmóviles, levantada la cabeza, la boca abierta, parecía que aspiraban con delicia el aire

² *Ibid.*, pp. 228-229. El texto pertenece al Cuadro llamado "Sobre las cataratas del Orinoco, cerca de Atures y Maipures". En *El Humboldt venezolano*, trad. de Jaime Labastida, ediciones del Banco Central de Venezuela, Caracas, 1977, p. 49.

³ *Ibid.*, p. 5.

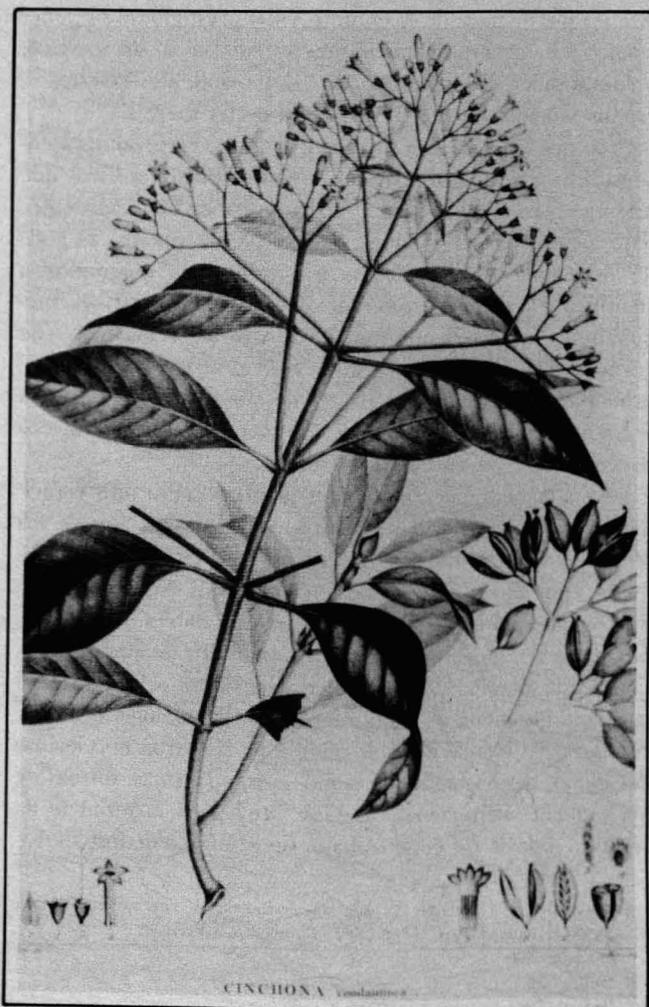
ardiente. Los grandes mamíferos se esconden en la espesura; los pájaros se anidan en el follaje de los árboles o en las grietas de las rocas. En esta calma aparente de la naturaleza, el oído, atento a los menores sonidos, percibe un ruido sordo, cerca del suelo y en las capas inferiores de la atmósfera. Ahí todo anuncia un mundo de fuerzas orgánicas en plena actividad. En cada arbusto, en la corteza agrietada del árbol, en el terrón habitado por himenópteros, por todas partes, en fin, la vida se revela en su grandeza: se diría que se trata de una de las mil voces por las cuales la naturaleza habla al alma piadosa y sensible que sabe comprenderla".⁴

Todo este conjunto de impresiones, al lado de los resultados generales de las mismas investigaciones, acabará por constituir, según lo aprecia Humboldt, la *Doctrina del Cosmos*. Por aquellas fechas tempranas, el ilustre investigador no hacía otra cosa que acumular experiencias y sentar las bases para una generalización suficientemente apoyada en hechos, que con el tiempo le permitiera escribir, hacia el final de su vida, su obra más ambiciosa y completa: *Cosmos*, cuyo subtítulo indica que se trata de un *Ensayo de una descripción física del mundo*.

Todavía en esta obra madura, sin embargo, pervive el mismo entusiasmo artístico, plástico, vivo, lleno de pasión, por la naturaleza, puesto que se trata de una "doctrina" que, cito, "eleva el alma hasta donde los grandes fenómenos de la naturaleza son susceptibles de ser abordados de una manera estética".⁵ Así pues, en el *Cosmos* Humboldt recuerda este her-

⁴ *Ibid.*, p. 297. En *El Humboldt venezolano*, pp. 82-83. El texto pertenece al Cuadro "La vida nocturna de los animales en las selvas primitivas".

⁵ *Ibid.*, p. 285. En *El Humboldt venezolano*, p. 78.



Estudio de plantas

moso trabajo de su juventud y reafirma los principios fundamentales que lo guiaron al redactarlo. Dice: "He intentado hacer ver en el *Cosmos*, como lo hice también en los *Cuadros de la naturaleza*, que la descripción exacta y precisa de los fenómenos no es en lo absoluto inconciliable con la pintura animada y viva de las imponentes escenas de la creación".⁶ Así, el tratamiento estético de las ciencias naturales no fue una actitud juvenil, pasajera, que luego hubiera abandonado Humboldt en su madurez; por el contrario, constituye un principio de la investigación, lo mismo que un rasgo de su carácter, que estará presente en todas las etapas de su vida.

Aún más, desde ese ángulo, Humboldt concibe la unidad de razón y sentimiento, de ciencia y arte: "La naturaleza considerada racionalmente, es decir, sometida en su conjunto al trabajo del pensamiento, es la unidad en la diversidad de los fenómenos; la armonía entre las cosas creadas, que difieren por su forma, por su constitución propia, por las fuerzas que las animan, es el todo (MóTMV) penetrado por un soplo de vida". De esa suerte, "el resultado más importante de un estudio racional de la naturaleza es el de aprehender la unidad y la armonía en este inmenso conjunto de cosas y de fuerzas, abrazar con el mismo ardor lo que es debido a los descubrimientos de los siglos remotos y a los tiempos en que vivimos, analizar el detalle de los fenómenos sin sucumbir bajo su peso".⁷

Humboldt reclama para sí, como el método que lo ha guiado, el de un "empirismo razonado" que somete el conjunto de los hechos registrados por la ciencia a "las operaciones del entendimiento que compara y combina".⁸

A través de ese método, Humboldt concluye que "la naturaleza no pierde nada de su encanto y del prestigio de su poder mágico a medida que comenzamos a penetrar en sus secretos, a comprender el mecanismo de los movimientos celestes, a evaluar numéricamente la intensidad de las fuerzas".⁹

Creo que aquí, en este texto sintomático, empezamos a encontrar ya, con mayor claridad, los principios filosóficos que orientan a Humboldt. Para él, lejos de haber oposición entre sentimientos y razón, lo que existe es plena armonía. El goce de los fenómenos naturales no se produce por la ignorancia científica o la incompreensión racional. Por el contrario, a medida que se conoce científicamente la naturaleza, más se puede gozar de ella, al contemplarla: la verdad se une a la belleza, principio, pues, de una estética (y de una ontología y de una epistemología) que, sobre bases completamente distintas, nos hace recordar las tesis de un Platón.

De esa manera, pues, Humboldt se esfuerza por unir veracidad y belleza, fidelidad y exactitud en la descripción de los fenómenos con sentimientos artísticos. Las "vistas de las cordilleras", por ello mismo, responden a esta tesis. No se trata sólo de "escenas pintorescas", de "cuadros agradables"; son eso y, por supuesto, mucho más: cuadros realizados de modo científico. Cada ángulo de las cordilleras ha sido medido: "Me ha parecido que tiene un gran interés para la geología el poder comparar las formas de las montañas en las partes más lejanas del globo, del mismo modo como se comparan las formas de los vegetales bajo climas diversos. Muy poco material se ha reunido todavía para este trabajo; sin el auxilio de instrumen-

tos geodésicos por los que se midan aun los pequeños ángulos, es casi imposible determinar los contornos con la precisión debida. Al mismo tiempo que yo me ocupaba de estas medidas en el hemisferio austral, sobre la cordillera de los Andes, el señor Osterwald, ayudado por un distinguido geómetra, el señor Tralles, dibujó, siguiendo un método análogo, la cadena de los Alpes suizos, según se presenta cuando se la mira desde las márgenes del lago de Neuchâtel. Esta escena, que se acaba de publicar, es de tal exactitud que, siendo conocida la distancia de cada cima, se podría encontrar su altura relativa empleando en el cálculo la simple medida de los contornos del dibujo. El señor Tralles se ha auxiliado de un círculo repetidor. Los ángulos por los que he determinado el tamaño de las diferentes partes de una montaña han sido tomados con un sextante de Ramsden cuyo limbo indicaba con certeza de seis a ocho segundos. Al repetir este trabajo de siglo en siglo, se podría llegar a conocer los cambios accidentales que experimenta la superficie del globo".¹⁰

Esa es la causa de que Humboldt indique, con profusión de detalles, el sitio exacto desde el cual "tomó la vista" de ese paisaje. Si uno examina, entonces, los bellísimos grabados que acompañan el *Atlas pintoresco del Voyage...* advierte, con claridad extrema, que el arte se da la mano con la ciencia; que el cuadro de la naturaleza es bello, sí, pero también es verdadero. ¿Arte "realista"? ¿"Realismo artístico"? Eso quizá, pero también algo más o, mejor, otra cosa distinta: el intento de reproducir verazmente, científicamente, un paisaje, conduce de la mano a Humboldt a reproducirlo también de un modo artístico, estéticamente.

Una vez más acudo a un texto que puede ser en extremo revelador. Humboldt se dedicó a lo largo de su recorrido por tierras americanas, a realizar experimentos sobre la electricidad animal. Por el tiempo en que inicia su viaje, Galvani había desarrollado multitud de experiencias sobre la "irritabilidad" de las fibras nerviosas. Cuando Humboldt regresa a Europa, se encuentra con los definitivos avances que sobre la electricidad realiza Volta y abandona, por lo mismo, sus experimentos sobre electricidad animal. Empero, en Venezuela realiza múltiples experiencias con peces eléctricos, los gimnotos o anguilas. Para atrapar los peces en una laguna, hubo necesidad de seguir el procedimiento que a continuación, con palabras de Humboldt, se describe: "No podría sino describir imperfectamente el espectáculo que nos ofreció la lucha de las anguilas contra los caballos. Los indios, pertrechados de juncos muy largos y de arpones, se colocaron alrededor del pequeño lago; algunos de ellos treparon a los árboles, cuyas ramas se extendían hasta la superficie del agua: todos impedían, con sus gritos y sus largos juncos, que los caballos volvieran a la orilla. Las anguilas, aturdidas por el ruido de los caballos, se defendieron por la reiterada descarga de sus baterías eléctricas. Durante largo tiempo, pareció como si ellas fueran a llevarse la victoria sobre los caballos y mulos: por donde quiera se veía que estos últimos, entorpecidos por la frecuencia de la fuerza de los golpes eléctricos, desaparecían bajo el agua. Algunos caballos se rebelaron y, pese a la vigilancia activa de los indios, ganaron la orilla. Abrumados de fatiga, con los miembros entumecidos por la fuerza de las conmociones eléctricas, se tiraron cuan largo eran en tierra firme.

"Habría deseado que un hábil pintor captara el momento

⁶ Alexandre de Humboldt, *Cosmos*, traducción de H. Faye y Ch. Galuski, edición de L. Guérin, París, 1866-1867, Tomo I, p. LVII.

⁷ *Ibid.*, pp. 3-4.

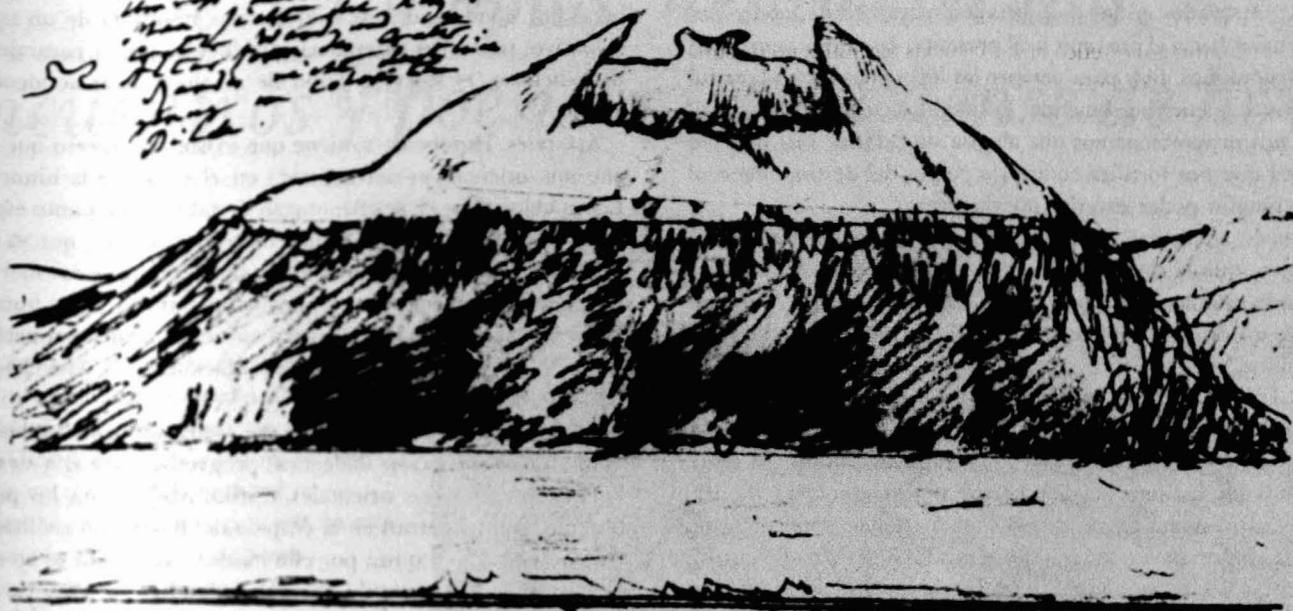
⁸ *Ibid.*, p. 36.

⁹ *Ibid.*, p. 19.

¹⁰ Alejandro de Humboldt, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, traducción de Jaime Labastida, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1974, p. 61.

99^a

1.º lago de San Agustín
 2.º lago de San Agustín
 3.º lago de San Agustín
 4.º lago de San Agustín
 5.º lago de San Agustín
 6.º lago de San Agustín
 7.º lago de San Agustín
 8.º lago de San Agustín
 9.º lago de San Agustín
 10.º lago de San Agustín
 11.º lago de San Agustín
 12.º lago de San Agustín
 13.º lago de San Agustín
 14.º lago de San Agustín
 15.º lago de San Agustín
 16.º lago de San Agustín
 17.º lago de San Agustín
 18.º lago de San Agustín
 19.º lago de San Agustín
 20.º lago de San Agustín
 21.º lago de San Agustín
 22.º lago de San Agustín
 23.º lago de San Agustín
 24.º lago de San Agustín
 25.º lago de San Agustín
 26.º lago de San Agustín
 27.º lago de San Agustín
 28.º lago de San Agustín
 29.º lago de San Agustín
 30.º lago de San Agustín
 31.º lago de San Agustín
 32.º lago de San Agustín
 33.º lago de San Agustín
 34.º lago de San Agustín
 35.º lago de San Agustín
 36.º lago de San Agustín
 37.º lago de San Agustín
 38.º lago de San Agustín
 39.º lago de San Agustín
 40.º lago de San Agustín
 41.º lago de San Agustín
 42.º lago de San Agustín
 43.º lago de San Agustín
 44.º lago de San Agustín
 45.º lago de San Agustín
 46.º lago de San Agustín
 47.º lago de San Agustín
 48.º lago de San Agustín
 49.º lago de San Agustín
 50.º lago de San Agustín
 51.º lago de San Agustín
 52.º lago de San Agustín
 53.º lago de San Agustín
 54.º lago de San Agustín
 55.º lago de San Agustín
 56.º lago de San Agustín
 57.º lago de San Agustín
 58.º lago de San Agustín
 59.º lago de San Agustín
 60.º lago de San Agustín
 61.º lago de San Agustín
 62.º lago de San Agustín
 63.º lago de San Agustín
 64.º lago de San Agustín
 65.º lago de San Agustín
 66.º lago de San Agustín
 67.º lago de San Agustín
 68.º lago de San Agustín
 69.º lago de San Agustín
 70.º lago de San Agustín
 71.º lago de San Agustín
 72.º lago de San Agustín
 73.º lago de San Agustín
 74.º lago de San Agustín
 75.º lago de San Agustín
 76.º lago de San Agustín
 77.º lago de San Agustín
 78.º lago de San Agustín
 79.º lago de San Agustín
 80.º lago de San Agustín
 81.º lago de San Agustín
 82.º lago de San Agustín
 83.º lago de San Agustín
 84.º lago de San Agustín
 85.º lago de San Agustín
 86.º lago de San Agustín
 87.º lago de San Agustín
 88.º lago de San Agustín
 89.º lago de San Agustín
 90.º lago de San Agustín
 91.º lago de San Agustín
 92.º lago de San Agustín
 93.º lago de San Agustín
 94.º lago de San Agustín
 95.º lago de San Agustín
 96.º lago de San Agustín
 97.º lago de San Agustín
 98.º lago de San Agustín
 99.º lago de San Agustín
 100.º lago de San Agustín



El altar

en que la escena estaba en su apogeo. Los grupos de indios rodeando el estanque; los caballos, que, con la crin erizada, el espanto y el dolor en los ojos, desean huir de la calamidad que les sorprende; las anguilas, amarillas y lívidas, que, semejantes a grandes serpientes acuáticas, nadan en la superficie del agua y persiguen a sus enemigos: todo esto ofrecía, sin duda, un conjunto pictórico. Recordé el cuadro soberbio que representa a un caballo entrando en una caverna, aterrorizado ante la vista de un león: la expresión de su terror no es más fuerte que la que vimos en esta lucha desigual.

“En menos de cinco minutos, dos caballos se habían ahogado ya. La anguila, que tiene más de cinco pies de longitud, se desliza bajo el vientre del caballo o el mulo, y desde ahí hace una descarga a lo largo de todo su extenso órgano eléctrico: ataca a la vez el corazón, las vísceras y, sobre todo, el plexus de los nervios gástricos”.¹¹

He tomado casi al azar este conjunto de textos. Podría acudir a muchos otros. Pues lo mismo se ocupa de describir animales, como los monos que recoge en las orillas del Orinoco, el Casiquiare y el Río Negro, o de hacer disecciones en serpientes de cascabel, pájaros o cocodrilos; igual se trate de descripciones de plantas o de cordilleras, de códices o de situaciones políticas, Humboldt deja el testimonio de su sensibilidad, el modo como ha sido afectado su sentimiento por las investigaciones científicas mismas. Podrá levantar el plano de la Bahía de Acapulco, recoger especies vegetales en la costa, escarbar en la cordillera para encontrar las mismas capas sedimentarias en el viejo y en el Nuevo Mundo, determinar con precisión la latitud y la longitud en que se encuentra México o Veracruz mediante la observación de la bóveda celeste, subir al Chimborazo cargado de todo su instrumental científico, no importa, pues, de qué se ocupe, en todos los casos

¹¹ Alejandro de Humboldt, “Observaciones sobre la anguila eléctrica (*Gymnotus electricus*, Linn.) del Nuevo Continente”, en *El Humboldt venezolano*, op. cit., p. 160.

Humboldt unirá, a la descripción pormenorizada del fenómeno natural, las impresiones que en “un alma sensible y apasionada” produce la contemplación de tal escena.

Reproduzco, por último, en este contexto, el pasaje en el que nos habla de la cuenca lacustre de México: “Ciertamente no puede darse espectáculo más rico y variado que el que presenta el valle, cuando en una hermosa mañana de verano, estando el cielo claro y con aquel azul turquí propio del aire seco y enrarecido de las altas montañas, se asoma uno por cualquiera de las torres de la catedral de México, o por lo alto de la colina de Chapultepec. Todo alrededor de esta colina se descubre la más frondosa vegetación. Antiguos troncos de ahuehuetes, de más de 15 ó 16 metros de circunferencia, levantan sus copas sin hojas por encima de las de los *schimes*, que en su porte o traza se parecen a los sauces llorones del oriente. Desde el fondo de esta soledad, esto es, desde la punta de la roca porfírica de Chapultepec, domina la vista una extensa llanura, y campos muy bien cultivados que corren hasta el pie de montañas colosales, cubiertas de nieves perpetuas. La ciudad se presenta al espectador bañada por las aguas del lago de Tezcuco, que rodeado de pueblos y lugarcillos, le recuerda los más hermosos lagos de las montañas de la Suiza. Por todas partes conducen a la capital grandes calles de olmos y de álamos blancos: dos acueductos, construidos sobre elevados arcos, atraviesan la llanura y presentan una perspectiva tan agradable como embelesadora”.¹²

A todo lo hasta ahora dicho, habría que añadir todavía un rasgo más, de importancia extrema, y que cerraría el círculo de los principios humboldtianos aquí con brevedad expuestos. De la misma manera que en los grandes sistemas filosóficos, en Humboldt se da también una concepción ética. Hemos ha-

¹² Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, traducción de Vicente González Arnao, edición facsimilar de la de 1822, Instituto Cultural Helénico y Miguel Ángel Porrúa, México, 1985, Tomo I, pp. 342-343.

blado ya de la unidad entre la verdad y la belleza. A estas dos categorías habría que añadir ahora una actitud ética que lo acerca al estoicismo.

Humboldt busca establecer leyes; como él mismo lo dice, un conjunto de invariantes en la variedad infinita de la naturaleza. "Apoyados en los descubrimientos ya hechos, podremos lanzarnos hacia el porvenir y, al presentar las consecuencias de los fenómenos, fijar para siempre las leyes a las cuales la naturaleza se encuentra sometida. En medio de estas investigaciones nos proporcionamos una alegría intelectual, una libertad moral que nos fortifica contra los golpes del destino, libertad que ningún poder exterior podría lacerar".¹³

Puede advertirse que Humboldt se expresa aquí como un estoico, que la investigación de la naturaleza le proporciona, cuando establece leyes universales, un goce intelectual, un sentimiento de libertad que lo amuralla frente a los golpes del "destino".

Para concluir, sólo deseo hacer referencia a la actitud que guarda Humboldt frente a las expresiones artísticas, como las consideramos hoy, de los pueblos indígenas americanos. Para Humboldt, a diferencia de la perspectiva que asumimos ahora, tales expresiones tienen un carácter meramente histórico, no artístico; son muestras vivas de los grados de desarrollo que los pueblos han alcanzado en su avance hacia la civilización.

Dice Humboldt: "Los monumentos de las naciones de las que nos separa un largo espacio de siglos pueden atraer nuestro interés de dos maneras muy diferentes. Si las obras de arte que han llegado a nosotros pertenecen a pueblos en los que la civilización ha sido avanzada, es la armonía y la belleza de las formas, el genio con que fueron concebidas, lo que excita nuestra admiración. El busto de Alejandro, encontrado en los jardines de los Pisones, sería apreciado como un legado precioso de la antigüedad aun cuando la inscripción no nos indicara que se trata de los rasgos del vencedor de Arbelas. Una piedra grabada, una medalla de los hermosos tiempos de Grecia, interesan al amante de las artes por la severidad del estilo y lo acabado de la ejecución, aunque ninguna leyenda, ningún monograma relacione estos objetos con una época determinada de la historia: tal es el privilegio de lo que fue producido bajo el cielo del Asia Menor y en una porción de la Europa austral.

"Por el contrario, los monumentos de los pueblos que no han alcanzado un alto grado de cultura intelectual, o que, sea por causas religiosas y políticas, sea por la naturaleza de su organización, han parecido menos sensibles a la belleza de las formas, no pueden ser considerados sino como monumentos históricos. A esta última clase pertenecen los restos de esculturas esparcidas en las vastas regiones que se extienden desde las riberas del Eufrates hasta las costas orientales de Asia".¹⁴

Lo propio acontece, para él, con los códices o la lapidaria de los antiguos pueblos americanos. Le interesan como testimonios arqueológicos, como manifestaciones en los que se acusa la impronta de los pueblos. Claramente afirma que en ellos no encontramos ninguna "civilización avanzada", sino, más bien, rasgos que los acercan a los pueblos orientales. Al comparar las culturas americanas con las asiáticas y europeas, Humboldt señala lo siguiente: "Uno se sorprende de encontrar, hacia el fin del siglo decimoquinto y en un mundo que llamamos

nuevo, instituciones antiguas, ideas religiosas y formas de edificios que parecen remontarse, en Asia, a la primera aurora de la civilización. En América encontramos rasgos que son característicos lo mismo de naciones que de estructuras interiores de vegetales que se extienden por toda la superficie del planeta. Por dondequiera se manifiesta la impronta de un tipo primitivo, pese a las diferencias producidas por la naturaleza de los climas, el sol y la unión de muchas causas accidentales".¹⁵

Así, pues, Humboldt sostiene que existe un proceso que sigue una orientación determinada en el curso de la historia. Los pueblos, para él, se encuentran situados en un punto específico a lo largo de una línea más o menos continua, que va de la izquierda a la derecha en el curso del tiempo. De esa suerte, los pueblos indígenas americanos ocuparían un lugar homotaxialmente comparable al que a su vez ocupan los pueblos que se sitúan en la aurora de la civilización, en el Asia Oriental.

Al igual que Hegel, pongamos por caso, también Humboldt asume una concepción dialéctica, progresiva, que iría desde los pueblos llamados orientales, "primitivos", hasta los pueblos que se encuentran en la cúspide del desarrollo civilizatorio. Sin embargo y quizá por ello mismo, Humboldt es en extremo cuidadoso cuando reproduce códices o esculturas, pirámides o trajes. Procura ser fiel hasta el más mínimo detalle. Láminas enteras del *Códice Borgia* o del *Códice Dresden* fueron reproducidas por él con escrupuloso apego al dibujo y el color; pese a que, en todos los casos, señala que se trata de "expresiones monstruosas", en muchas ocasiones no cabalmente comprensibles para él. Baste recordar, para citar sólo este aspecto, que Humboldt, a la usanza occidental, "leía" los códices y los monumentos de izquierda a derecha, mientras que los indígenas americanos, al igual que los orientales, "escribían", dibujaban y esculpían siguiendo la línea "temporal" y "espacial" que va de derecha a izquierda. Por lo tanto, el orden, la sucesión de láminas y dibujos tendría que aparecer forzosamente alterada por Humboldt, hasta podría decir que en un sentido inverso.

Pero, aunque sea por omisión, una vez más encontramos aquí una clara muestra de la estética humboldtiana: aquella que valora como expresiones históricas, nunca como manifestaciones artísticas, los monumentos de los pueblos indígenas americanos, puesto que se apartan de los modelos clásicos de la Antigüedad grecolatina.

Pese a sus objeciones, Humboldt se acercó a todas esas manifestaciones con un respeto inmenso y puedo decir que con un método de tal manera sutil y complejo, un método universal de comparaciones, que pudo hacer aportaciones de primer rango. A la antropología mesoamericana, en especial, cuando se ocupó de comparar los zodíacos de los nahuas con los zodíacos de los pueblos orientales y europeos. Su estética, en este punto, es un lazo de unión con la estética ilustrada del siglo XVIII y la estética romántica de sus contemporáneos, Schiller y Goethe. Sin embargo, en un punto va más allá que ellos al anunciar las concepciones antropológicas de un Charles Darwin y un Lewis Morgan, aun las de un Vere Gordon Childe,

He aquí, pues, los rasgos fundamentales de la estética humboldtiana, esa "manera estética" de tratar las ciencias, tanto naturales como sociales. ◊

¹³ Alexandre de Humboldt, *Essai sur la géographie des plantes; accompagné d'un tableau physique des régions équinoxiales*, edición facsimilar de la de 1805, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1955, p. 35.

¹⁴ A. de Humboldt, *Vistas...*, op. cit., p. 17.

¹⁵ *Ibid.*, p. 5.